

A-C.145/9

FERRER

DE LA
BODA
DE LA
REYNA

A-Gj 145/9

1
3
= DE LAS BODAS DE
LA REYNA =



R.
48833

DE LA BODA
DE
LA REYNA.

POR

DON FRANCISCO FERRER Y VALLS.



N.º 716

MADRID: 1846.

Imprenta de D. Severiano Omaña,
calle de Cervantes, número 34.

DE LA BODA

DE

LA REYNA.

*Con el acierto en la eleccion de
Esposo para nuestra Reyna doña Isa-
bel II, está ligado el porvenir del
trono y de los pueblos.*

EL ESPAÑOL.

DON FRANCISCO FERRER Y VALE



N.º 516

MADRID: 1840.

Imprenta de D. Benigno Ochoa

Calle de Carmona número 40

CANDIDATOS.

CONDE DE TRÁPANI.

CONDE DE MONTEMOLIN.

INFANTE DON ENRIQUE.

PRÍNCIPE COBURGO.

PRÍNCIPE PORTUGUÉS.

DUQUE DE MONTPENSIER.

A la sazón en que nuestra Reyna doña Isabel II ha entrado en los diez y seis años de edad y presenta una naturaleza completamente desarrollada, en Europa se hallan en lucha dos grandes principios y la nación Española se ve dividida en tres partidos respetables. De ahí las intrigas de la diplomacia en conducir por

sí sola el asunto del *casamiento* de nuestra Reyna, y los trabajos de los partidos interiores por poder realizarlo con arreglo á las miras é intereses de cada uno. De ahí tantas pretensiones, tantos pareceres. De ahí esa discusion tan viva en la tribuna, en la prensa y en los círculos de todas las clases de la sociedad. Esto es muy lógico, pues se trata nada menos que de un negocio que afecta, no solo lo presente, sino tambien el porvenir de la sociedad española.

Partícipes nosotros de este sentimiento general vamos á ofrecer unas *observaciones* sobre las ventajas y desventajas que ofrece cada uno de los seis *candidatos* que hasta hoy día se han presentado á la consideracion del público, y al mismo tiempo las probabilidades de triunfo con que en la actualidad puede contar cada pretendiente.

Hasta ahora los candidatos para la mano de nuestra reina doña Isabel II son, 1.º El conde de Trápani; 2.º El conde de Montemolin; 3.º El infante don Enrique; 4.º Un príncipe Coburgo; 5.º El primogénito de la reina de Portugal doña María de la Gloria; y 6.º El duque de Montpensier.

El conde de Trápani se presenta sin ningun mérito ni servicio, y con la pobre recomendacion de ser hijo y hermano de un rey de una potencia de tercer órden. Pero este Pretendiente tan desprovisto de títulos para el elevado y distinguido puesto de Esposo de una jóven Reyna de una nacion de 18 millones de almas y de recuerdos los mas gloriosos, cuenta por otra parte con protectores sumamente poderosos, y de ahí la agitacion y la alarma general de que llegue á verificarse un enlace que en concepto de todos rebaja-

ria la dignidad de la nacion y el prestigio del trono. Esta irritacion es tanto mas fuerte y pronunciada cuanto todos creen que este *novio* es impuesto por una influencia estraña, y como á un medio de mantener el pais bajo la tutela de una potencia vecina que hace años tiene la pretension de considerar la España como á una especie de provincia propia. Esta consideracion muy presente en el ánimo de todos los españoles, hace que se mire como una calamidad semejante proyecto y que manifiesten todos la mas viva repugnancia á la boda con Trápani. Dios quiera que esta manifestacion unánime de los pueblos impida tamaño despropósito, pues llevamos la íntima conviccion que si llega á efectuarse puede ocasionar con el tiempo sérios conflictos. No se ilusionen los que protejen la combinacion napolitana con la paz aparente que se disfruta, ni mucho menos con un asentimiento pasivo de los pueblos, no, porque el cansancio que da esa tranquilidad tan efímera, de dia en dia desaparece con las nuevas fuerzas que va cobrando la sociedad, y no está lejano el en que este cuerpo que creen muerto aparecerá con nuevos brios, y ¡ay entonces de los que intenten contrarestar sus arranques! pues semejantes á leve paja arrastrada por el huracan, serán lanzados de los puestos públicos que ocupen. Los que anden en semejante negociacion, acuérdense de Godoy, del dia de san José en Aranjuez el año 8, y por último del 2 de Mayo de Madrid.

Despues del conde de Trápani para Esposo de la Reyna viene el conde de Montemolin, primojénito del es-infante don Carlos que por espacio de ocho años

disputó con las armas la corona á la misma Reyna, y de cuya pretension fué y es partícipe.

Los partidarios de esta boda la consideran como á un decoroso medio de transigir la cuestion, como á elemento de concordia y como á base de una nueva era de union.

Escasos son tambien los méritos y servicios que aduce este pretendiente, pues que en la guerra que presenció no dió á conocer ninguna de las calidades que recomiendan á un príncipe, y que á haberla poseido no hubiera dejado de desplegarla en tantas coyunturas como se le presentaron de verificarlo. El espíritu de partido podrá muy bien imaginárselo y aun ofrecerlo al público como á un modelo de príncipes y hasta como á un segundo César, pero con todo eso jamás logrará desmentir el carácter de apocamiento y nulidad que presentó en los campos de Navarra. A pesar de esto, Montemolin reúne dos circunstancias favorables que no concurren en el candidato napolitano. El conde de Montemolin se presenta con las respetables recomendaciones, 1.^a de ser español, y 2.^a de contar en su apoyo en el exterior con las simpatías de potencias de primer órden, y en el reino con el de un partido numeroso y fuerte. Estas consideraciones son de un peso inconmensurable si se miden con el compas histórico de lo que son los pretendientes y de lo mal sentadas que se hallan las cosas en todo el mundo, pues acabamos de ver que el solo anuncio de subir al ministerio de relaciones estrangeras de Inglaterra cierto notable personage se esparció la alarma en todas partes, y se miraba su permanencia como

un motivo de un recelo permanente de turbarse la paz general. Este hecho es un hecho de ayer, un hecho palpitante.

Después de el conde de Montemolin viene el Infante don Enrique, primo de la Reina y oficial de la marina real. Este candidato indudablemente se recomienda mas que los dos anteriores por sus prendas personales. Amás de concederle toda una educacion mas adecuada á las instituciones vigentes que á aquellos, se le ha visto desplegar cierta energía y elevacion de ánimo en el hecho mismo de abrazar la peligrosa y brillante carrera de la marina real, en cuyo servicio se ha conducido como á un entendido marino. Estas calidades y la condicion de ser hijo de príncipes españoles le hacen aceptable á los ojos de todos los hombres imparciales.

Es verdad que últimamente ha dado un paso que ha comprometido su posicion, pues si bien le ha valido las simpatias de un partido robusto para la mano de nuestra joven soberana, desde entonces otro partido le ha retirado su adhesion. Este incidente es tan complejo que no es facil juzgar si el *manifesto* del Infante don Enrique ha sido oportuno ó intempestivo. Si se quiere le habrá enagenado la voluntad de algunos, pero en cambio es indudable, es un terrible obstáculo á la realizacion de la boda de Trápani que algunos suponian á punto de verificarse. Este plan frances de la combinacion italiana es tan impopular en el pais que casi se puede decir santifica cuantos medios legales se empleen en impedirlo. En esta parte somos completamente pueblo, cualquiera antes que Trápani.



El cuarto candidato es el príncipe Coburgo, primo de la Reyna de la Gran Bretaña. Este reúne la excelente educacion que en Alemania se da á los hijos de las casas reinantes, y aunque es hijo de uno de aquellos soberanos poco menos que insignificantes, en el dia esta familia se ha hecho notable por sus relaciones de parentesco con la graciosa y potente Soberana de Inglaterra. Asi vemos que la casi desconocida casa de los Coburgos tiene una influencia de potencia poderosa; que sus vástagos ocupen el trono nuevo de la Bélgica; hayan dado esposos á la Reyna del Portugal y á la mujer mas poderosa que han conocido los siglos. Esta particular relacion es de un valor indefinible, porque nadie podrá negar que esta alianza matrimonial habia de valer á la España el apoyo de la Inglaterra, y que en este apoyo hallaría la garantía mas sólida del afianzamiento del orden interior y de la consideracion en la opinion de los gobiernos estrangeros. Sin embargo, los españoles somos muy celosos de nuestra independencia, y miraríamos este beneficio como comprado á costa de este pundonor nacional; y esta es la razon por que hay tanta desconfianza en este proyecto.

Si se verificase no tardaría en manifestarse este recelo, pero este inconveniente pudiera compensarse con la seguridad de un aliado leal para un apuro, cuya ayuda no dejaría de ser eficaz.

El príncipe Portugues, primogénito de la Reyna doña María de la Gloria, y heredero presunto y necesario de aquel trono, en nuestra humilde opinion, es el *Candidato* que reúne mas ventajas para ser esposo de nuestra Reyna. A una educacion especial

para los destinos de un pueblo regido por un sistema constitucional reúne la imponderable ventaja de traer á la Corona de España la perla de mas valía, el florón que le falta para poder brillar magestuosa ante la consideracion de los estados poderosos.

Con este casamiento se realizaba el sueño dorado de cuantos estadistas entendidos ha tenido el reino, y se cumplian los votos de todos los que suspiran por una época gloriosa para ambos pueblos.

Verdad es que el príncipe es todavía muy joven, que su candidatura habia de dar lugar á unos seis ú ocho años en cuyo periodo pudieran ocurrir sucesos muy sérios y comprometidos, y que por último esta combinacion hallaría grandes embarazos difíciles de superar: todo esto es muy cierto; pero una política diestra sabria dominarlos y realizar un hecho que tarde ó temprano tiene que verificarse porque la naturaleza lo reclama. ¿Acaso no son inmensas las dificultades que ofrece la candidatura napolitana, y sin embargo que no ofrece ningun partido que no sea desastroso, se acredita tanto teson en llevarla á efecto? Pues, por qué la energía que se despliega en una mala causa no se habia de poder desplegar en una sumamente buena?

Por lo visto la España está condenada á no hacer mas que disparates y á desperdiciar las buenas coyunturas con que le brinda el curso de los acontecimientos. En la gloriosa guerra de la Independencia si hubiese sido cauto el gobierno, hubiera rescatado á Gibraltar y redondeado el territorio con la adquisicion del Portugal. Entonces esto era sumamente ascquible si el gobierno del pais hubiera recaido en ma-

nos hábiles, pero entonces como siempre todo se verificó menos esto, y nos matamos como esclavos por salvar nuestra independencia y religion, pero cometiéndola tontería de matarnos tambien por defender los intereses de la Inglaterra sin pedir compensacion alguna. Luego vino el congreso de Viena á poner de manifiesto lo poco que se agradecian nuestros heróicos esfuerzos y costosos sacrificios. Entonces Napoleon no espantaba ya, y Zaragoza y Gerona no eran mas que hechos históricos.

Como este enlace es el mas conveniente, el mas natural, y el que todos debiamos desear, no nos esforzaremos en probar que por estos mismos títulos se halla el mas olvidado y es en el que menos se piensa. La pequenez de los proyectos corresponde siempre á la pequenez de los hombres.

Réstanos ocuparnos del sexto Candidato, del duque de Montpensier hijo del Rey de los franceses. Segun informes seguros é imparciales, este jóven príncipe reúne escelentes prendas para ser un magnífico Esposo de nuestra Reyna.

Esmerada educacion, carácter amable y lleno de dignidad, corazon valiente y entendimiento despejado son las calidades que concurren en este vástago de la casa reinante en Francia. En las varias campañas que tiene hechas en la Argelia ha acreditado la serenidad y valor de un veterano. Para desgracia de la España, sobre esta alianza se ha echado un *veto* invencible, y nos vemos obligados á lamentar semejante impedimento. Esta oposicion nacerá de celos, de desvio á la dinastía reinante en Francia, de cálculos acerca eventualidades futuras, ó será una obra

maestra de la política profunda de la Inglaterra para podernos imponer el Candidato predilecto de aquella soberana, en una palabra, para hacer la boda con un Coburgo? Las cosas se presentan de tal naturaleza que no estamos distantes en creer hábiles maniobras de la diplomacia de la señora de los mares, esas raras peripecias que se atraviesan en el negocio del casamiento de la Reina.

Nuestros lectores tendrán bien presente la contestacion que dió el gobierno ingles, hace dos años, á las proposiciones que acerca de este asunto le dirigió don Carlos desde Bourges por conducto de un Lord que habia tomado parte en sus pretensiones á la Corona del reino. Aquel gobierno le contestó, que en su parecer la cuestion que al presente se agitaba en España no era sobre la dinastía sino sobre puntos de administracion, y que lejos de creer conducente para la completa pacificacion de la Península, el plan que él proponia á su consideracion, lo consideraban perjudicial.

En este mismo tiempo se habló mucho en la prensa periódica estrangera y nacional de la candidatura del duque de Montpensier, y no se tardó en asegurarse por este mismo conducto de publicidad, que la Inglaterra habia notificado al gobierno de Luis Felipe que de acuerdo con el voto de las altas potencias de Europa se opondria á semejante boda. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que no tardamos en oír decir en pleno parlamento á M. Guizot, Ministro de relaciones exteriores, que la Francia no se hallaba en el caso de comprometerse por asuntos de familia, y que el gobierno del Rey de los franceses



está muy distante de ir á buscar la guerra á España.

Desde esta época se ha considerado como irrealizable la boda con Montpensier y apenas se ha vuelto á hablar de ella, pero en cambio se ha hablado muchísimo del proyecto de la corte de las Tullerías por obtener para este aventajado príncipe la mano de la hermana de la Reina, la serenísima infanta doña Luisa Fernanda heredera presunta de la Corona.

En la escursión que el verano pasado hizo á la Alemania la Reyna Victoria, se dijo por toda la prensa alemana, que en las conferencias de soberanos y embajadores que entonces hubo en Colonia y Frankfurt para obsequiar á la soberana del reino unido de Inglaterra é Irlanda, se habia acordado y resuelto el casamiento de nuestra Reyna con un príncipe Coburgo Gotha, primo del esposo de aquella princesa, y el de la infanta doña Luisa Fernanda su hermana con el duque de Montpensier. Una temporada despues no se habló mas de este negocio, hasta que la prensa reveló las gestiones que practicaban el rey y gobierno de los franceses para verificar este enlace con un príncipe napolitano, de cuya persona se han publicado unas calidades tan inferiores que el solo recelo de verificarse semejante proyecto, ha levantado un clamoreo general de reprobacion.

Nadie puede negar se conducia la negociacion con suma habilidad y reserva, asi como tampoco que se deba á la diplomacia inglesa la revelacion de los pasos que se han dado y del estado en que se halla la gestion, y que esta revelacion ha poco menos que descompuesto una obra tan bien preparada y con tanto acierto dirigida.

Así las cosas, un ilustre Príncipe español hacía el cual se dirigian muchos votos para la alianza matrimonial de la Reyna, echa á volar un *manifesto* que levanta contra sí influencias poderosas en Palacio y en el Gobierno, y que en el hecho de ser admitido y aceptado por uno de los tres partidos políticos en que se halla dividida la opinion, es rechazado por sus dos antagonistas. Así que este arranque de celo patriótico, de ambicion personal ó de justisimos celos contra las candidaturas de los condes de Montemolin y de Trápani, ha dado pretesto á influencias poderosas para declararse abiertamente contra su candidatura.

Así las cosas, á este candidato se le manda salir de la Corte bajo la razon del servicio de la marina real á que se halla adscripto; los periódicos extranjeros anuncian la próxima llegada á Madrid de los príncipes de Coburgo que se hallan en la capital de Portugal; se asegura en los círculos mas acreditados de Madrid, que en la embajada francesa de esta corte se estan haciendo grandes preparativos para recibir al duque de Montpensier, y que igualmente en el palacio se trabaja sin levantar mano en adornar magníficamente ciertas habitaciones. La conversacion sobre estos puntos es comun á todas las reuniones de la capital, lo mismo en los círculos aristocráticos que en los cafés y tabernas: todos hablan de esto. Los espíritus se ven como agitados de cierta fiebre, y los ánimos están como en espectacion de un gran suceso.

En medio de tantas combinaciones, de tantos proyectos, de tanta intriga, se preguntan todos ¿quién será el elegido por nuestra reina? ¿Hacia que candi-

dato se inclina el gobierno? ¿qué alianza merece las simpatías de las altas influencias de palacio?

La respuesta es sumamente difícil, sin embargo vamos á simplificar la cuestion, á reducir los términos de esta incógnita.

Segun llevamos espuesto, los *candidatos* son seis. De estos, cuatro son extranjeros, y dos nacionales.

De los extranjeros, el uno es eliminado por la diplomacia europea, el duque de Montpensier: en el otro, el príncipe Portugués, apenas se ha fijado la atencion á causa de su corta edad y de la pobreza de miras políticas en los planes de nuestros gobernantes.

Hechas estas deducciones, no quedan mas que dos pretendientes extranjeros, el príncipe Coburgo y el conde de Trápani. El primero merece las simpatías de la Reyna de la Gran Bretaña, y el segundo cuenta con el apoyo del rey de los franceses. El uno debiera llamarse el candidato de Luis Felipe, y el otro de la Reina Victoria. El conde napolitano tiene ademas en su favor la opinion de la corte de España, é indudablemente del gobierno de Madrid. El príncipe Aleman se ve privado de estos poderosos auxiliares y cuenta únicamente con los buenos oficios de la soberana de Inglaterra, pues hasta el presente el gobierno inglés no se ha mostrado ostensiblemente protector del enlace alemán; y si hemos de dar crédito á los periódicos mas autorizados y ministeriales de aquel país, aquel gobierno se presenta neutral en la solucion de esta grave cuestion. Esto es lo que resulta hoy dia de las noticias que circulan; con todo, nosotros no asentimos á todas estas protestas y seguridades de neutralidad, y recelamos no lleve en todo esto la di-

plomacia inglesa un plan tan sagazmente combinado, que le conduzca á la realizacion de los deseos de la Reyna Victoria. Cuando se trabajó tanto por colocar un Coburgo en las coronas de Bélgica y Portugal, ¿no debemos suponer se trabajará doblemente por colocar en la de España, muy superior á aquellas dos reunidas, otro príncipe de la familia tan protegida por la Reyna de Inglaterra? Y el príncipe alemán acaso no puede sostener con ventaja la competencia con el conde italiano? El personal, los antecedentes, la educacion y los talentos del candidato de la Reyna Victoria no son á todas luces superiores á los que concurren en el prohiado del Rey de los franceses? ¿Las altas potencias de Europa no quisieran mas complacer á la soberana inglesa que á Luis Felipe? En el reino, por mas que todos tengamos tan poca confianza en estrangeros, ¿no sería mejor recibido el Coburgo que Trápani? En la solucion práctica de esta cuestion dominarán estas consideraciones, ú obtendrán la victoria razones de otro género? El tiempo nos aclarará luego todas estas dudas.

Vengamos ahora á los candidatos españoles. Estos son dos, el Conde de Montemolin, y el Infante don Enrique. Hemos hablado ya de las circunstancias personales de cada uno de estos novios y tambien de ciertas ventajas que ofrece la alianza con uno ú otro de ellos, y ahora solo vamos á ampliar el examen á fin de que aparezcan mas claras las razones que se pueden aducir en pro de cada uno de estos proyectos matrimoniales, y se puedan apreciar debidamente los títulos de buen éxito que en la actualidad cuenta cada candidato.

La alianza con el desterrado de Burges indudablemente reúne en su favor la adhesion de las potencias del norte, las simpatias de la Corte de Roma y el voto de los españoles adictos á las formas antiguas. Estos títulos que le abonan ante aquellas respetables influencias, le enagenan tambien la voluntad de las dos poderosas potencias que ejercen un influjo grande en los negocios del reino y con las cuales una política previsora dicta no debe indisponerse el gobierno español. Por otra parte, una ley le escluye terminantemente de alto honor de ser marido de nuestra Soberana, y aunque este *veto* se pudiera levantar por el mismo poder supremo que lo impuso, siempre fuera peligroso el vencerlo. Además, como el Conde de Montemolin no desiste de sus pretensiones de ser el Rey legítimo del reino, mientras no desista de ellas se hace imposible el entablar negociacion alguna sobre el particular. Hay mas; este Candidato en el exterior es mirado por el representante vivo de una política opuesta á la que al presente se halla establecida en el pais, y dentro del reino se le tiene como enemigo declarado de las innovaciones económicas y sociales que han tenido lugar en estos doce años, en las cuales se hallan comprometidos cuantiosos intereses y grandes esperanzas. En vista de lo espuesto, no fuera aventurado asegurar, que este enlace matrimonial pudiera llegar á comprometer el orden público. No desconocemos que lo que se ha dado en llamar revolucion es muy superficial en el pais, pero tampoco nos ilusionamos con la esperanza de que esta boda privada del apoyo de la Francia y de Inglaterra pudiera hacerse sin correr graves peligros. Si la revolucion es debil, todavia lo es mas

la autoridad de las leyes, y los intereses alarmados no dejarían de producir conflictos, y sabe Dios hasta donde pudieran llegar las cosas. Montemolin, esposo de la Reyna, era ó no fiel á su representacion política. En el primer caso, era precisa una modificacion profunda en el Consejo de la Reyna; esto debiera ocasionar un cambio en mayor ó menor escala en el personal de los primeros destinos del Estado, y estas modificaciones no pudieran menos que suscitar sérios temores de grandes trastornos. En el segundo levantaba contra sí á cuantos ahora se muestran sus ardientes partidarios.

¶ Pero sobre todas estas oposiciones tan imponentes, se alza otra mayor con relacion á la solucion práctica; sobre todas ellas descuella la incompatibilidad en el mando del gabinete Narvaez con el matrimonio de la Reyna con este Candidato. No, el General de la campaña de la Mancha en 1838, no cabe en los consejos de la Reyna con el primogénito del Pretendiente. Si esta boda llegara á realizarse no fuera seguramente Narvaez el encargado de sostener las consecuencias que se desprendieran de este suceso. Otros fueran ciertamente los buscados para esta empresa. Asi como Lopez y Olózaga eran un anacronismo para sostener en 43 los resultados de aquella célebre liga y al instante que cada partido pudo funcionar por sí con la declaracion de la *mayor edad* de la Reyna, se dió un puntapie al primero, y se echó por la ventana al segundo, otro tanto tuviera que acontecer con este enlace á los actuales gobernantes. Lejos está Narvaez de incurrir en la estúpida mentecatez del Presidente del Gobierno provisional, que por una ambicion mezquina apostató de todas sus doctrinas, y vendió á sus antiguos amigos políticos pe-

reciendo con ellos cual otro Sanson con los Flisteos, con la obra de sus propias manos. Tampoco es de suponer quiera imitar la impremeditada pretension de Olózaga en creerse con fuerzas suficientes para luchar con las intrigas de la corte. Esta severa leccion no creemos esté olvidada en la memoria del duque de Valencia. De consiguiente hoy día aparece poco menos que imposible la alianza con el Conde de Montemolin, y esto sin traer al caso el testo de leyes espresas que asi lo declaran.

No son de esta naturaleza, ni tan fuertes los obstáculos que aparecen ante la union con el Infante don Enrique, pues cuanto se objeta á esta alianza se funda en temores indignos de traerse á discusion en un asunto de tanta gravedad y trascendencia, y para cuyo acierto únicamente es dado á la lealtad pesar las ventajas ó desventajas que resulten lógicamente de la situacion de los contrayentes respecto el presente y el porvenir de los intereses y de las instituciones del pais. Ninguna ley se opone á este proyecto, los antecedentes de los augustos Novios son idénticos, una gran parte de los pueblos recibieran con entusiasmo la noticia de esta boda, y si bien un partido poderoso al ver defraudadas sus pocas esperanzas, no dejaría de poder presentar dificultades en lo sucesivo, estas no fueran tantas que no pudieran ser deshechas por la espada que empuña. El partido moderado, no obstante el *manifiesto* de 31 de diciembre, no debiera desconfiar de su influencia para con la Reyna, si desde luego desplegase maña y destreza en unir los ánimos de la comunión liberal por un sistema de prudentes concesiones á los hombres y á las cosas representadas por el partido progresista.

Nada es tan asequible como esto si hay verdadera abnegacion de amor propio y justicia recta con los agraciados. En esta parte el instinto de los partidos como el de los pueblos jamás deja de ser justo y jeneroso. A pesar de todo lo espuesto y en vista de las miserias de nuestras banderías hallamos muy difícil la alianza con este bizarro marino de la real armada. La desconfianza es tan grande, que nadie da ya entrada á sentimientos elevados y juzgan todos por las impresiones del momento, no acordándose que estas son muy fugaces y que solo es estable lo que se halla en armonia con la naturaleza de las cosas.

Estas ligeras *observaciones* nos presentan ya un hecho muy notable para la solucion de nuestra tesis, pues de los seis *candidatos*, cuatro aparecen casi totalmente escludidos en el terreno de la realizacion. El Príncipe Portugués es pasado por alto en razon á su corta edad y á la mira de no esponerse á las contingencias á que pudiera dar lugar una demora de seis á ocho años. El duque de Montpensier se halla con la invencible oposicion de la diplomacia europea. Las leyes, ciertos y justos motivos tomados de su personificacion política, y los antecedentes de los ministros actuales son inconciliables con la boda con Montemolin, y algunos recelos en los hombres de la situacion sobre la influencia del Infante don Enrique y otras causas exteriores y de Palacio son poco menos que un impedimento de muy difícil vencimiento. De estos hechos se deduce, que la pretension queda solo entre el candidato de la Reyna Victoria y el del Rey de los franceses: entre el príncipe aleman, y el conde italiano: entre Coburgo y Trápani.

De las calidades personales de estos competidores como tambien de los abogados que tenian cada uno, hablamos cuando discurremos acerca las recomendaciones de los seis candidatos, pero como colocada la cuestion entre estos dos personajes se agranda la esfera de las influencias y el asunto recibe dimensiones colosales, es preciso nos hagamos cargo de esto aunque con la brevedad con que van escritas estas reflexiones, para que se llegue á poder formar un juicio aproximado acerca de cual de estos dos príncipes, pueda llegar á obtener la mano de nuestra Soberana.

Desde la revolucion francesa de 30 han aparecido cuestiones de primera magnitud en el mundo político, y escepto la de Siria, esta es la hora en que ninguna ha recibido una solucion definitiva. Los trabajos de la diplomacia, lejos de haberse dirigido á fallos decisivos, se han empleado en aplazar el tiempo de la resolution. De ahí nace que se goce de una paz armada, que todas las potencias poderosas estén con el arma sobre el brazo y dispuestas á entrar en campaña como si se hallasen á la vista de un enemigo que les iba á batir. En solo Europa hay cuatro Pretendientes vivos, y los mas de los estados tienen que emplear toda su fuerza y sus recursos en conservar el orden material. Intereses económicos tienen en continuo movimiento los cálculos de los estadistas, y á cada paso surgen graves cuestiones sociales del mismo desarrollo de la civilizacion. En Africa la Argelia es un constante motivo de recelo para la continuacion de la *cordial alianza* entre el gobierno francés y el inglés en cuya base estriba la paz general. En Asia el Cáucaso consume las fuerzas del coloso del Norte, y en la Amé-

rica la actividad de los anglo-sajones amenaza romper el equilibrio existente entre las naciones de primer rango. Todo se halla inseguro, todos temen, no hay quien no obre como si se hallase amenazado de un gran conflicto.

En esta crisis la diplomacia despliega una vigilancia continua en los pasos de los adversarios naturales que en un rompimiento hallara cada potencia. De ahí tantos celos en las relaciones exteriores, tanta cautela en las negociaciones económicas, y sobre todo tanta prevision en la tendencia de la política de cada gabinete. Ahora bien, en este juego de tantos planes y combinaciones, el matrimonio de la Reyna de España, no puede dejar de ocupar un lugar particular, porque no cabe duda que á pesar de nuestra poca significacion política ante la Europa, debemos pesar bastante por el privilegiado puesto geográfico que ocupamos en el continente, y que la España pudiera servir mucho en caso de ciertas eventualidades. Por un lado estamos á espaldas de la Francia, y por otro de frente á la colonia francesa de África.

Estas dos circunstancias nos dan un valor muy marcado para eventualidades dadas. Los recursos y poder de España empleados en tales casos en pro ó en contra de una ú otra parte beligerante pudiera contribuir mucho á inclinar el triunfo hácia el partido que abrazase.

Estas razones no se ocultan ni á la política inglesa, ni á la francesa, ni á la de las altas potencias de Europa, y mucho menos se les oculta que el uso de nuestra influencia va á pender en gran parte del Esposo que elija nuestra Reyna. Y cuando la Ingla-



terra en medio de las seguridades que sigue dando de la continuacion de la paz general, y de ser la potencia soberana de los mares, está haciendo en estos momentos tan grandes armamentos marítimos, y gastando sumas inmensas en formar *puertos de refugio* en los cuales su armada pueda ser inbulnerable, cuando repetimos, esta potencia preponderante toma unas medidas de esta naturaleza ¿puede permanecer pasiva en la realizacion de un suceso que tanto puede llegar á afectar sus intereses? ¿Pues qué, cabe duda que los hombres de la Gran Bretaña tendrán bien presente el eminente servicio que prestamos en la lucha contra Napoleon? No es posible. Luego la influencia de la política inglesa en el casamiento de la Reyna de España, parece un hecho necesario, indeclinable. Enhorabuena que la política se esfuerce en ocultar la accion, pero sus esfuerzos jamás conseguirán privar de su criterio al buen juicio. Léanse sino los periódicos ingleses en lo tocante á este negocio, y se notará la singularidad de que al paso que prometen no quererse meter en negocios ajenos, y mucho menos en arreglar el matrimonio de la Reyna de España, añaden á renglon seguido, que este asunto es esclusivo de la competencia de los españoles, y que se avergonzarían de apadrinar una boda tan impopular y odiada como es en España, la alianza con el Conde Napolitano. ¿Qué significa esto? ¿Acaso no es una especie de manifiesto contra este enlace? Que hábiles son los ingleses!... Y todo esto junto con la actitud del reino, podrá llegar á contrarrestar la política francesa y las influencias de Palacio?

Mas si contra todas estas naturales y legítimas

deducciones, la Inglaterra se presenta pasiva en este negocio ¿entonces la alianza con Trápani favorecida como se halla con tan poderosos padrinos ¿podrá vencer todo ese imponente tropel de resistencias que de todas partes se levantan contra su realizacion? ¿Llegará á este extremo la obcecacion? Mucho nos tememos que sí, ¿y ojalá que por el amor que profesamos al trono, por el amor que tenemos á la dignidad de la Nacion, y por el anelo en fin que alimenta nuestro corazon de un gobierno estable y de una paz duradera salga fallido nuestro recelo?



1000813

Caj.101/3



1000813